

PHILIPPE ARIÈS

Mi parentela atlántica

Los Ariès son originarios de una pequeña aldea cerca de Saint-Bertrand-de-Comminges donde, a fines del siglo XVIII, había diez jefes de familia del mismo apellido. Entre mis proyectos está el de estudiar esta cepa, de la que ignoro casi todo. La rama de la que descendiendo salió de Comminges — y de Francia — a fines del siglo XVIII para instalarse en la Martinica. A partir de ese momento sé todo — o casi todo — de ella. Su historia se remonta a los principios de la colonización francesa en las Antillas. En Canadá, los franceses se expatriaban sin esperanza de regresar. En cambio, con mayor frecuencia, regresaban de las Antillas para morir en su patria, pero los hijos se quedaban en las islas sin romper lazos con el puerto de enlace que, en el caso de mis ancestros, fue Burdeos. Desde mediados del siglo XVIII eran frecuentes sus idas y venidas entre Francia y la Martinica, entre Burdeos y Saint Pierre.

El aroma de las islas

Mi familia era blanca y se enorgullecía de serlo. Se decía “criolla”, es decir, de nativos blancos, nacidos en las islas, tanto por oposición a los negros como a los blancos de Francia. Pero en Francia el término se hizo sinónimo de mulato, con lo que un día — en una cena — se asignó a mi madre un lugar junto a un negro con la idea de acercar a dos compatriotas, lo que equivale a ignorar una distancia tradicional. Mi madre no se ofuscó, pero vio en ello un signo de que el mundo marchaba al revés, y encontramos la anécdota muy divertida.

Recuerdo también que mis padres, militantes de la Acción Francesa, se sentían afectados cuando León Daudet calificaba de “negre”* a Alexis Léger, secretario general de Relaciones Exteriores, alias Saint-John Perse, cuya poesía, por cierto, no les gustaba nada. Pero qué importaba que fuese poeta, sólo contaba el que fuese criollo. Mi padre se tomaba la molestia de escribir a León Daudet en cada ocasión para explicarle que Alexis Léger pertenecía a una vieja familia blanca de la Guadalupe, pero al día siguiente León Daudet denunciaba imperturbable al siempre *negre* San Liger** — Liger**. Sin embargo, mis padres no eran racistas. Amaban a los negros a su manera, un poco como niños que no tuvieron oportunidad de crecer, graciosos y afectuosos cuando se les trataba bien, capaces de éxito, como lo demostraba el caso

de un mulato de Martinica que llegó a ser senador y aun ministro — aunque no lo fuese más que del gobierno de Vichy —, Lémery, y no perdían oportunidad de citar el caso con orgullo. Evidentemente, esta actitud parecería hoy paternalista y reaccionaria. De cualquier manera, nunca me enseñaron a despreciar, menos aún a odiar. Su única preocupación era guardar las distancias y los rangos, conforme al modelo del Antiguo Régimen en el que cada quien debía quedarse en el lugar donde nació, a excepción de algunos casos raros, lo suficientemente negociados para ser admitidos.

Tanto mi padre como mi madre fueron educados por “Da”, viejas negras, antiguas esclavas o hijas de esclavas que manejaban la casa, en las islas y en Burdeos, donde murieron. Imponían a mis abuelas los platillos que se les antojaba y, en caso de desacuerdo, ponían mala cara hasta ganar. Figuraban en el álbum familiar, junto a parientes y amigos; se les llevaba a posar al fotógrafo “elegante” de la ciudad, en Saint Pierre, en Martinica o en Burdeos.

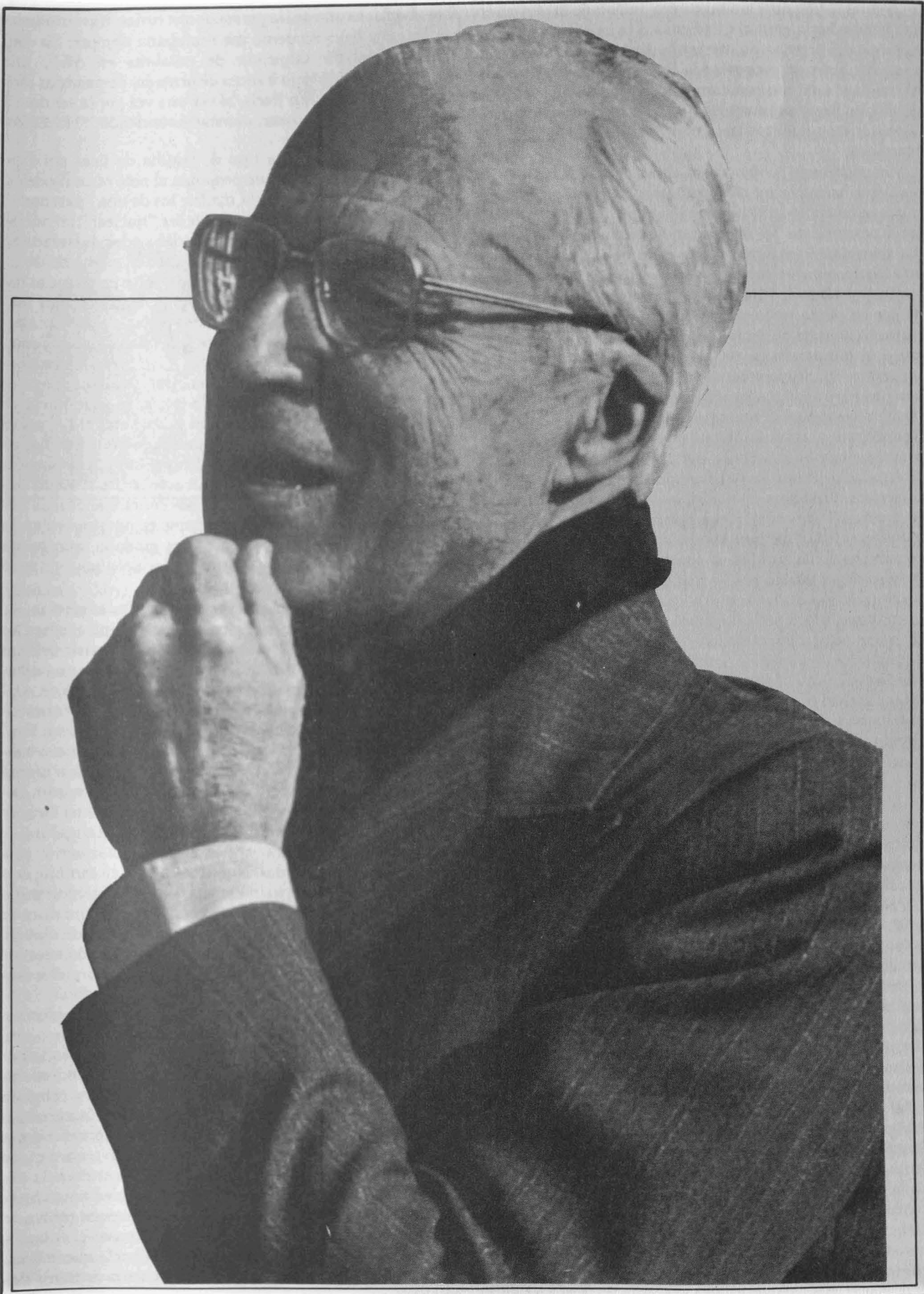
A su muerte, dejaron sus escasos bienes a la familia: algunas joyas muy bonitas, broches con los que cerraban su vestimenta, lindos collares hechos, con grandes perlas huecas de oro, obras de la vieja artesanía negra de la Martinica. También — cosa que me impresionó más que nada cuando era niño — una extraordinaria colección de objetos religiosos: gigantescos rosarios como nunca los han usado los capuchinos y suficientes estatuillas sulpicianas como para amueblar toda una capilla, con las que decoraban su habitación (el Sagrado Corazón, San José, San Antonio de Padua — su santo favorito — la Virgen de Lourdes). Además, a pesar de que no sabían leer, poseían una biblioteca de misales, libros de imágenes sin texto, sólo con leyendas escritas con enormes letras. De niño me apoderé de este material con el que mis padres no sabían qué hacer pero tampoco se atrevían a tirar. Me divertía con él, pues los niños de entonces jugábamos a la misa, como las niñas a las muñecas. En efecto, en las tiendas era común encontrar pequeños altares y minúsculos candelabros, custodias, incensarios, etc., tantos como accesorios para muñecas.

Mis padres tuvieron tres hijos y una hija. Entre las dos guerras, esto constituía una familia numerosa. A finales de la tercera república, Francia era muy malthusiana. Éramos el producto de una crianza. Nuestros abuelos — paternos y maternos — eran hermanos. Mi padre, que había nacido en Francia porque mi abuela no soportaba el clima de las islas, se casó por lo tanto con una señorita Ariès, su prima hermana que había nacido en Martinica. De los cuatro hijos que tuvieron no quedamos más que mi hermana y yo. Uno de mis hermanos fue muerto en 1945, al final de la guerra. De ello hablaré más adelante. Mi otro hermano, quien tuvo siete hijos, murió a los 47 años de edad, en 1971, de un acciden-

* *Negre* es una forma peyorativa de llamar a los negros en oposición a *noir*, que es la forma correcta. (N. del T.)

** Juego de palabras con el apellido *Léger*, que significa ligero.

Este es un fragmento del primer capítulo de *Un historiador de domingo*, de Ariès.



Philippe Ariès

te cerebral... Mi padre era ingeniero: introdujo la técnica en una familia hasta entonces dedicada a la caña de azúcar, el comercio y el derecho. Su carrera lo llevó a Blois, donde nació unos días antes de declararse la Primera Guerra Mundial. Al terminar ésta, nos instalamos en París, donde pasé toda mi vida sin llegar a convertirme completamente en un parisino. Estos eran nuestros lazos con Burdeos, la Gironde y la Martinica.

Mis padres me hablaban sin cesar de la Martinica con nostalgia, hasta que me hartaron: llegué a sentir una saturación que entenderán fácilmente los hijos metropolitanos de familias antillanas. Mi infancia se nutrió de un folclor familiar martiniqués muy repetitivo. Una de las historias que más frecuentemente escuché en casa era la de la casi pariente Aimée du Buc de Rivery, que en el siglo XVIII fue raptada por un pirata turco para el harem de un sultán cuando realizaba un viaje. Se decía que gracias a su belleza y a su encanto, el encanto criollo, se convirtió en la sultana Validée, sin perder —por supuesto— su virtud ni su fe, y aprovechó su posición para ayudar a los cristianos de Constantinopla. Mi madre coleccionaba reproducciones de sus miniaturas. Abundaban maravillosos relatos de la bella sultana, sobre conversiones y buenas obras, que he olvidado. En mi época de estudiante de historia, y haciendo alarde de mi gran espíritu crítico, expliqué a mi madre que su fábula no se basaba en pruebas. Todo en vano: a mis padres les era perfectamente indiferente la exactitud histórica y confundían, con convicción obstinada, la historia con la leyenda, los bellos recuerdos de su pasado con la realidad.

Otra historia era la aventura —verídica en este caso— de un ancestro, una especie de Jeanne Hachette de la Martinica, quien peleó a punta de fusil contra los ingleses después de la muerte de su marido, caído delante de ella, en las guerras de Luis XIV. Aparentemente esta mujer manejaba el dinero al igual que las armas, ya que posteriormente perfeccionó sus negocios en una época en la que se ocupaba el tiempo en enriquecerse y en perder lo que se había ganado.

Me hablaban también de los primeros años en la Martinica, tanto de los recuerdos más agradables como de los más trágicos: el ciclón de 1891, que casi levanta la casa y en el que estuvo mi madre, las mujeres rezaban, leían el principio del evangelio según San Juan; los hombres clavaban puertas y ventanas, mientras que centellas de fuego aprovechaban los últimos resquicios para atravesar las habitaciones.

Pero el gran drama fue la erupción del volcán Pelée, en 1902, que destruyó Saint Pierre y sus 30 mil habitantes. La culpa, por supuesto, era de la República: la catástrofe se produjo en pleno periodo electoral y el gobernador había preferido exponer la vida de la población y la suya más que cambiar la fecha del sacrosanto escrutinio. Los hombres sintieron que su obligación era quedarse, mientras que las mujeres dejaban la ciudad, con lo que debieron su salvación al hecho de no tener derecho al voto. Buena ocasión para aprender una lección de antiparlamentarismo.

Mi madre y sus padres escaparon de la muerte porque habían regresado a Burdeos unos años antes. No hubo indemnizaciones. Los que escaparon de la muerte quedaron arruinados y fueron recibidos por sus parientes, según viejas tradiciones de solidaridad. Así, una hermana de mi abuela materna, mi tía Laure Laon, llegó a Burdeos apenas con un abrigo que una amiga le dio para el viaje y sin un mísero centavo en la bolsa. Se quedó hasta 1936 y después vivió con nosotros en París. Murió al empezar la guerra, en 1940, en Arcachon, donde mi madre se refugió con ella. Yo la quise como a

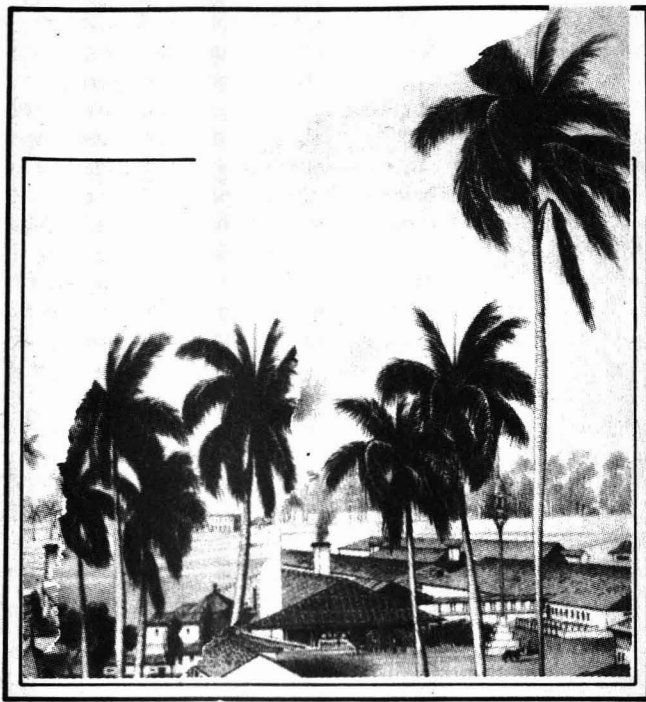
una abuela; es una de las personas que tuvieron gran influencia en mí y cuyo recuerdo me acompaña siempre. Su conversación estaba salpicada de palabras en *créole*, una curiosa mezcla de viejo francés deformado, de palabras africanas y españolas. En París, al ver una vez por la ventana a una pareja vecina retozar, murmuró sonriendo: "Hacen cochinas".

Para comprender este tipo de familia de fines del siglo XIX es necesario saber que proponía al niño otros modelos, además de los del padre y la madre: los de una "parentela" de amigos, de sirvientes. A pesar de ser "nuclear" (el núcleo padre - madre - hijos), la familia quedaba además situada en una compleja red de parientes y amistades, en medio de un mundo denso y cálido. Sin duda esto lo tuve en mente al hacer mis estudios sobre la familia. Así, en casa éramos muchos: mi padre, mi madre, sus cuatro hijos, la abuela materna y su hermana —mi tía Laure—, quien la cuidaba. Teníamos a nuestro servicio a Augustine, Tine como le llamábamos, quien procuraba nuestro bienestar cotidiano y, en las grandes ocasiones, se ocupaba de la cocina, que hacía de maravilla. Entró a trabajar con mis padres en 1912, a los 18 años de edad. Cada año pasaba un mes con su familia, en Grande Briere y, aprovechando el viaje, hacía una peregrinación a Sainte Anne D'Auray. En octubre de 1940 no volvió, a causa de la guerra, y murió unos cuantos años más tarde. Tine tuvo un lugar muy importante en nuestras vidas: la queríamos como a un pariente, nos cuidaba, compartía nuestras alegrías y nuestras tristezas. Cada mañana, cuando había exámenes, se ponía fuera de sí.

Para ayudarles según la época, había dos sirvientas —o una pareja— que mi madre elegía, de preferencia, entre los martiniqueses. Agregaremos a este mundo, a partir del mes de mayo y hasta las vacaciones, a una hermana de mi padre, Marie Ariès, solterona, maravillosamente inteligente, virtuosa de la música e insoportable. Para recibirla, cantábamos un cántico de circunstancia: "Es el mes de María. Es el mes más bello, a la Virgen querida, cantemos un nuevo canto..." La llamábamos Mayotte, según la romántica manía de hacer diminutivos de todos los nombres. (Mayotte: pequeña María; otra tía se llamaba Bellote: pequeña Belle.)

Todas estas viejas señoritas trashumaban, infatigables, de una familia a otra durante el año. Los niños las querían mucho y eran correspondidos. Nuestros padres, en cambio, desconfiaban de ellas y de su influencia, sin poder impedir nuestras prolongadas confidencias ni condenar una confianza de la que, sin embargo, se sentían celosos. Ellas nos confiaban, con un orgullo enternecedor, que hubieran podido casarse; sabíamos que se quedaron solteras un poco por orgullo, mucho por falta de dinero y, a veces, por abnegación.

En cuanto a la tía Laure, pasó su vida cuidando enfermos graves: su padre, su hermano, finalmente su hermana —mi abuela— quien vivió con ella en casa. Senil, paralizada por ataques, en las mañanas había que transportarla en vilo de su cama a un sillón de retrete con la ayuda de una religiosa que la bañaba, y en las noches yo ayudaba a mi tía a acostarla. Murió en 1938. La tía Laure disfrutó entonces de dos años de vacaciones, las únicas de su vida: ya no tenía a quien cuidar. Adoraba a mi padre, porque sentía preferencia por los hombres. Partió en forma apacible en plena guerra de 1940, pero la guerra fue amable con ella porque retuvo en Gironde a los martiniqueses que venían a pasar el verano y no podían regresar, viejos amigos de la infancia que le llevaron, al lecho mismo de su muerte, el recuerdo de Saint Pierre, su tierra.



¡Ah!, ¿quién hubiera dicho el papel que tuvieron en nuestra familia y en nuestras vidas, en el despertar de nuestras sensibilidades, estas viejas damiselas, románticas y castas, piadosas y alegres, siempre disponibles, capaces de soportar impávidas nuestras fábulas y fantasías, nuestros discursos? ¿Quién lo diría, hoy que han desaparecido, y que nadie las querría en su hogar?

Estoy convencido de que las dificultades actuales que tienen los jóvenes para relacionarse provienen de lo limitado de su diálogo con la pareja primaria de su Adán y Eva. Nosotros teníamos un mundo mucho más vasto y variado de viejas damas, de abuelos, de tíos, de tías, de primos; podíamos elegir nuestros interlocutores, a conveniencia, y cambiarlos según las circunstancias. Cuando nuestros padres nos echaban de su lado nos refugiábamos con ellos, que nos consolaban, nos contaban interminables historias, arreglaban las cosas, nos apoyaban en nuestras reivindicaciones.

Dios y el rey

Toda mi familia, en términos generales, era católica y monárquica, con algunas variantes y restricciones. Así, en la generación de mis bisabuelos, la que nació a fines del siglo XVIII, digamos entre 1780 y 1920, cuyas ideas religiosas y políticas conozco bien, los hombres no eran ni una ni otra cosa —se decía en voz baja que mi bisabuelo Ariès votó en 1848 por un *rojo*, ¡un socialista! Sus mujeres, en cambio, al mismo tiempo eran muy piadosas y monárquicas (especialmente mi bisabuela Ariès, una mujer bastante temible, pero notable). Tuvo siete hijos —seis hombres— e hizo de casi todos ellos católicos fervientes. Esto muestra a qué punto, hacia mediados del siglo XIX, en las familias la influencia pasó de los hombres a las mujeres. La mujer llegó a ser la verdadera dueña de la educación, la que transmitía los valores, simplemente por el hecho de estar ahí mucho más que el hombre; la educación en casa, como en la escuela y en el colegio, adquiría una importancia que no había tenido hasta ese grado en los siglos XVII y XVIII. Toda la actividad familiar giró en torno al futuro de los varones, que no era regi-

do solamente por el hecho de establecerse gracias al matrimonio, como antes, sino por su educación. De ahí el interés que suscitaron las grandes escuelas científicas (la escuela politécnica), los grandes concursos del estado (inspección de finanzas) o la medicina.

Mis abuelos, nacidos entre 1835 y 1850, pertenecían al catolicismo ultramontano de su madre, fácilmente agresivo, enamorado de lo maravilloso y lo milagroso. Contrariamente a lo que se dice hoy en día, no dudo que a fines del siglo XIX haya habido, por lo menos en la burguesía, una época de recristianización gracias a las mujeres, que transmitían su propia forma de religión.

La generación siguiente, la de mis padres, conservó muchas de las costumbres antiguas que quería conservar y transmitir a sus hijos. Sin embargo, su comportamiento cambió en un aspecto capital: la actitud frente a la vida. En primer término, tuvieron menos hijos: a pesar de lo católicos que eran, sufrieron el malthusianismo de la época. Segundo, no tenían la misma idea de la vejez. En las generaciones que les precedieron, se consideraban viejos a partir de los cincuenta años y excluidos por tanto de la vida activa. A menudo llegaban a vivir 80 años, pero con el modo de vida y el uniforme propio de los viejos; las mujeres usaban grandes vestidos negros, pequeños collares de azabache, negros también —pero muy brillantes—, un listón negro alrededor del cuello, y los hombres asistían de noche a la iglesia (donde se ponían un pequeño solideo en el cráneo calvo) para disponerse a bien morir: ¡algunos se preparaban para ello durante más de veinte años! En comparación, la generación de mis padres creyó, ingenuamente, que la vejez no existía, siempre y cuando se conservara la energía y la actividad. Este largo período de jubilación, siempre austero y piadoso, a menudo dedicado al estudio, que sus padres aceptaron como una necesidad, ellos, nacidos a fines del siglo, lo pospusieron y aún lo suprimieron. No creían en el progreso, siempre afirmaron su admiración por la sabiduría de los ancestros, pero sin tratar de olvidar la muerte —como lo hacemos nosotros— ocultaban la vejez: eran adultos indestructibles y siempre piadosos.

Sin embargo sucedió un hecho extraordinario a mis padres, que los colocó aparte y les dio una vocación política particular: cuando tenían 20 años, a fines del siglo XIX, se creó simultáneamente un nuevo partido monárquico y uno católico —la Acción Francesa y el Sillon. Mi familia, a causa de ello, se dividió en dos: una mitad se afilió a la Acción Francesa, que mi tío Mell Ariès alentó en el suroeste, donde dirigió un pequeño diario, *La Nouvelle Guyenne*; la otra mitad se unió al Sillon: Germaine Mauriette, nieta de mi bisabuela materna, prima hermana de Nel Ariès y de mi padre, fue una de las musas de Marc Sangnier, quien también tenía lazos con Burdeos. Dedicó toda su vida y su fortuna al Sillon. A pesar de la intensidad de nuestras relaciones familiares, nunca la conocí, ni siquiera la vi, porque mi padre estaba del otro lado de la frontera: en esta familia, por otra parte muy unida, la divergencia entre Acción Francesa y Sillon provocó una ruptura que se agravó más adelante por la condenación pontificia. Aquí se reconoce un plan de división de las ideologías políticas de principios del siglo XX dentro de un mismo medio familiar y de una misma práctica religiosa, pero a favor o en contra de lo que se llamó el mundo moderno, es decir, a favor o en contra de la revolución francesa que, en esta burguesía y hasta el fin de los años treinta, constituyó la gran división.

Así, mi madre se las arreglaba cada año para salir de París

antes del 14 de julio con el fin de no presenciar un aniversario revolucionario que la escandalizaba por su aspecto de fiesta popular y alegre, porque se bailaba entonces frente a cada café. Para mí, el 14 de julio era, como para todos los estudiantes de mi edad, el principio de las grandes vacaciones que yo pasaba en la región de Burdeos. Vivía durante más de un mes apartado de mis padres, en casa de tíos y tías, primos y primas, en casa de mi abuelo. Tales cambios de ambiente me encantaban, independientemente de la edad de mis anfitriones, incluso si no había niños de mi edad. Ya entonces me gustaba la sociedad de los viejos. Estas vacaciones lejos de mi casa ocuparon un lugar muy importante en mi vocación y en mi formación de historiador.

El comercio de los viejos

Iniciaba mi gira familiar en casa del abuelo materno, en Burdeos, donde llegaba en plena canícula de julio, a una calle que olía a vainilla. Fue él quien me dio la afición por la historia. En cierta forma había fracasado en su vida y la lectura, especialmente de libros de historia, le consolaba. Era un hombre de estudios más que de negocios, pero en su época los estudios podían llenar el ocio de un hombre de bien, pero no constituir su sustento, como la tierra, el comercio o la renta.

Dado que el comercio que montó en Martinica quebró, fue a instalarse a Burdeos, donde encontró un empleo de jefe de lo contencioso en un banco. Siempre lo veía a las 4 de la tarde a la salida de su oficina y lo acompañaba durante el resto del día. Lo recuerdo vívidamente, como si todavía estuviéramos ahí: iniciábamos el paseo en el gabinete de lectura, llamado *Panbiblion* porque los señores de buena sociedad no frecuentaban las bibliotecas públicas. Ahí se encontraba como en un círculo de amigos, donde intercambiaba ideas y comentarios, al igual que libros. Como a las 5 visitábamos a alguna dama de su generación, pariente o amiga (acabamos finalmente por no distinguir entre los verdaderos parientes, parientes de parientes, aliados lejanos, amigos de padre e hijo...) Visitábamos a una de sus viejas amigas, que de hecho era mi tía, la hermana de mi abuela paterna, sin lazos de parentesco con él. Vivía en un apartamento espacioso con dos sirvientas: una cocinera y una recamarera — en la parte superior de una alta casa de la plaza Tourny. Sufría reumatismo y era inválida: la subían a su piso en otoño para bajarla en el verano (no había elevador). Diariamente, en las tardes, recibía a pequeños y grandes, a jóvenes y viejos.

Mi abuelo me llevaba con regularidad a casa de su única hermana, una solterona, ex-religiosa, que yo creía inmortal pues me parecía indestructible. No tenía un centavo, pero vivía de los discretos donativos de sus sobrinos y de su hermano, que ella no sabía apreciar en su justo valor por haberse quedado con la idea de los francos de oro de antes de 1914. En consecuencia, hacía sus declaraciones de ingreso conforme a esa idea.

Un día, hacia 1935, el inspector fiscal se dio cuenta de que declaraba sumas muy inferiores a la renta de su departamento y que, además, ¡tenía una sirvienta! Fue a verla; ella lo miró con desdén y corrió a este funcionario de la República que se atrevió a dudar de su palabra. Fue necesario arreglar el asunto y el buen hombre se prestó de buen grado.

Recuerdo las dramáticas discusiones en su casa, en la época de la condenación de la Acción Francesa en 1926 por el Vaticano. Obviamente mi abuelo era monárquico y había seguido a Maurras desde el inicio. Antes de la condenación

del Papa se había alejado ya, y ésta lo separó definitivamente porque era muy piadoso y bastante escrupuloso. Esta ruptura no dejó de causar conflicto, no sólo con mis padres y mi madre, sino también con su propia hermana, para quien también sólo contaba la AF. Cabe recordar que el arzobispo de Burdeos, el cardenal Andrieux, estuvo en el origen de la condenación, lo que le valió ser tratado por mi tía de canalla. Su sirvienta, una buena mujer campesina, no entendió bien la palabra, pero como bebía las palabras de su patrona se la aprendió y trató de emplearla, un poco deformada, un día que se mencionó al arzobispo en una conversación: “Es un *“grondin”*”,* dijo ella. Claro, dijo mi vieja tía con mirada de fuego, pero un *“grondin rojo”*. (En la Gironda, el *grondin* o salmonete es un pez grisáceo barato.)

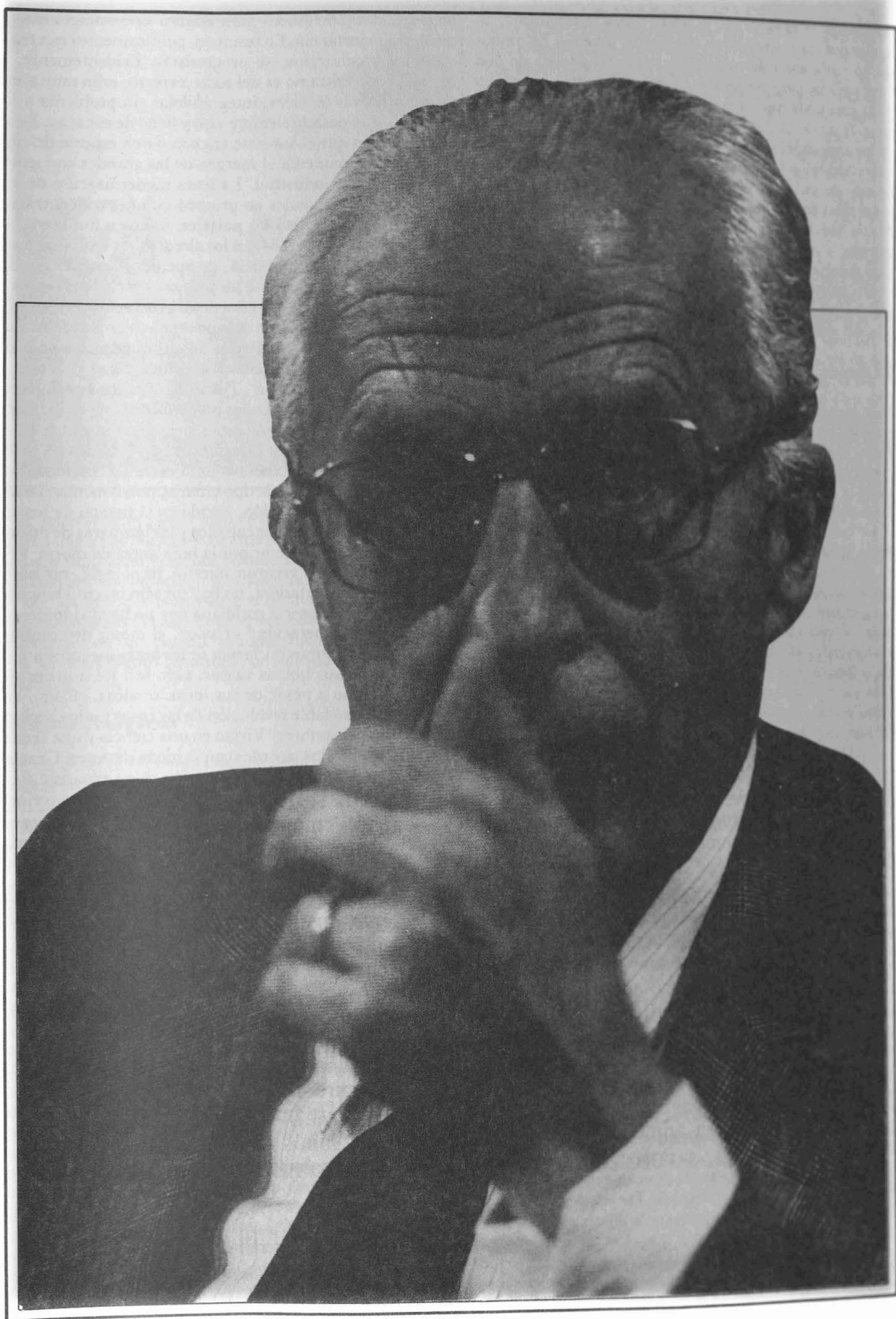
Mi abuelo también me llevaba a casa de un solterón llamado Polydore Hochard. Recibió la buena formación escolar de los años 1870-1880 y le gustaba el latín — yo heredé, de los viejos humanistas que conocí, el amor por el latín (mis profesores más bien me desalentaron). Era muy anticlerical, agnóstico y volteriano: hacía manifiestas sus opiniones colocando un busto de Voltaire sobre la chimenea de su sala. Cuando la visitaba una hermana de mi padre, que se entendía bien con él a pesar de sus malas ideas, empezaba por voltear al busto de Voltaire antes de sentarse: era un rito. Ahora bien: Polydore Hochard creyó descubrir que el pasaje de Tácito sobre los cristianos, el testimonio literario más antiguo, era una interpolación de un humanista del siglo XV; escribió de inmediato un libro sobre el tema, texto que ha sido completamente olvidado, pero que le valió una mención en el capítulo de Marrou en *De la connaissance historique*, dedicado a los escépticos absolutos, los que no creían en la existencia de Cristo sino sólo en la de Napoleón. Marrou, curiosamente, lo describe como “un honesto *agregado* de la enseñanza secundaria francesa” cuando en realidad no era más que un “hombre de mundo”. Lo que me hace recordar la reflexión que una de mis tías hizo a uno de mis amigos, estudiante también, cuando se lo presentó: “Yo conocí a un X..., dijo ella al oír su apellido. Oh, le respondió mi amigo, cuidadoso de exhibir las mejores referencias, sin duda era mi abuelo que fue profesor en el Collège de France. No, es imposible, le dijo mi tía interrumpiéndolo, el que yo conocí era un “hombre de mundo”.

Estas visitas, contrariamente a lo que pudiera creerse, no tenían nada de aburrido para un niño como yo. Las conversaciones me iniciaban en un mundo de adultos que me fascinaba. Se hablaba de asuntos de familia, mucho de política, de los malos gobiernos, de la República, de cuestiones religiosas y también de literatura: se comentaban los artículos de la *Revue Hebdomadaire*, los libros de Bordeaux y de Bourget (los autores preferidos) y las novelas inglesas de la época que encantaban a las damas.

Terminada la gira de parientes y amigos, mi abuelo finalizaba el día en la iglesia, donde iba diariamente a meditar. Se quitaba su sombrero y lo reemplazaba por un pequeño solideo negro.

Otra parte de mis veranos la pasaba en la propiedad de mi bisabuela (de apellido) de Beyssac, muerta desde hacía tiempo. Ahí, y posteriormente, cuando se fraccionó, en las propiedades de las hermanas de mi madre, en Medoc, en Entre-Deux Mers, mi vida era fascinante, entre el mundo de objetos y de recuerdos que evocaban el Antiguo Régimen, la

* Término deformado de *gredin*, que hemos traducido por canalla. (N. del T.)



revolución, la emigración, la resistencia a la revolución, un folclor que me encantaba en mis años de infancia. Este mundo no tenía nada de nostálgico: se tiene nostalgia de una cosa pasada, pero ese pasado estaba realmente presente en estas casas. Me mostraban, como si se tratara de ayer, el birrete de un tío sacerdote que pereció durante la Convención en los ahogamientos de Carrier, en Nantes; descifraba de los muros del salón los grabados de la época revolucionaria donde era necesario adivinar, entre las hojas de un sauce llorón, los perfiles de la familia real (Luis XVI, Madame Elisabeth, María Antonieta, el Delfín...) Me contaban la historia de los miembros de la familia que más o menos participaron en esas aventuras. Desafortunadamente, también había un ancestro, general de los ejércitos republicanos, pero se las arreglaban para disfrazar su adhesión a la Revolución con la táctica del doble juego: la anticipación de Petain.

La ciencia y la tradición

Esta monarquía de herencia y de recuerdo parecerá incompatible con el racionalismo de Maurras. Quizás es cierto en París, pero no en la región del sur de Francia, ya sea al suroeste o al sureste, donde parte importante del reclutamiento de la Acción Francesa fue entre los medios monárquicos, tradicionales y populares.

De cualquier manera, esta sociedad en la que vivíamos no tenía nada de cerrada. Había allí también gente que no era ni monárquica ni católica; mis padres tenían incluso amigos protestantes. No se jugaba a los guardias reales ni a los ultrar, envueltos en una bandera blanca. Este mundo que en política tenía el aspecto de dar la espalda al presente, participaba en la cultura de su tiempo: las mujeres se interesaban en la música —un poco menos en la literatura y en las artes plásticas— y los hombres manifestaban una informada curiosidad por las ciencias, y de las más exactas. No sentían oposición de costumbres ni de cultura entre el pasado y el presente.

Mi familia pensaba que el mundo antiguo, el suyo, había quedado intacto. La Ciencia (la verdadera, por supuesto, no la de los profesores de primaria) no lo ponía en tela de juicio. Un hermano de mis dos abuelos, miembro de la Acción Francesa desde el inicio, Emmanuel Ariès, fue un médico que tuvo su momento de celebridad; publicó obras de termodinámica apreciadas y llegó a ser corresponsal de la Academia de Ciencia. Hizo física como yo, su sobrino nieto, hice historia egresado de la Escuela Politécnica. Otros armaban artesanalmente los primeros autos o se apasionaban por los nuevos procedimientos de vinificación. Sin embargo, estos tradicionalistas, sin reticencias en cuanto a las ciencias exactas y a las técnicas, no tenían la religión del progreso. En eso radicó su originalidad. Su cultura científica no cambió para nada sus sentimientos sobre la edad de oro, la propiedad moral, estética, existencial, del Pasado. No veían contradicción alguna entre su género de vida y el mundo moderno. Creían simplemente que una mala filosofía había impuesto a Francia un mal régimen político: "Cambiemos el régimen, desechemos las malas ideologías y las falsas religiones y las cosas volverán a su lugar de antes", pensaban, sin comprender que, más allá del Estado y la filosofía del poder, la sociedad estaba afectada y contaminada. Fueron de los pioneros de la industrialización sin reconocer su efecto lejano: la destrucción de la antigua sociedad que tanto apreciaban.

Ni ellos ni toda la escuela de la Acción Francesa tuvieron conciencia de la oposición entre sus valores y una cierta modernidad: la de las técnicas. Tuve necesidad de mucho tiem-

po y grandes dificultades para admitir este antagonismo y medir su importancia. En resumen, políticamente eran reaccionarios y culturalmente progresistas. Evidentemente, el término progresista no es del todo correcto: eran muy atentos a las nuevas técnicas, integrándolas sin problema a las culturas de un pasado siempre vivo y lleno de encanto. Debo decir también que el suroeste era como una especie de conservatorio: se mantenía al margen de las grandes corrientes de la revolución industrial. La lenta modernización de sus campiñas y sus ciudades no provocó grandes concentraciones obreras ni modificó los paisajes, físicos o humanos.

Mi padre nació en 1884, en los alrededores de Langoiran, en la propiedad de su abuela, de apellido Beyssac, donde, como acabo de decirlo, pasé las primeras vacaciones que recuerdo. Como todos los jóvenes de su generación y de su medio, hizo sus estudios en un colegio religioso en Burdeos. Fue aceptado en la escuela superior de electricidad después de haber fracasado en la Escuela Politécnica. Su vida activa se sitúa entre las dos guerras. Tuvo una carrera apasionante como ingeniero: fue uno de los pioneros de la electrificación en Francia. Incluso hizo algunos pequeños inventos en el campo de la electrotécnica que utilizaban la lógica de la futura informática: instrumentos para corte de corriente que respondían a cuestiones de tipo binario, más o menos sí o no. Perteneció a esta generación, nacido en el tiempo de los coches de alquiler tirados por caballos y las lámparas de aceite, que vio al hombre caminar por la luna antes de morir. El y sus contemporáneos crearon nuestra tecnología, no nosotros. Salvo la computadora, no hay un sólo invento vinculado con nuestra existencia cotidiana que no haya sido descubierto por esta generación: el avión, el motor de combustión, el radio. Podemos burlarnos de los antiguos combatientes del 14 y de sus boinas vascas, pero son los autores del mundo moderno a pesar de sus ideas arcaicas. ¿Cómo entonces esta formidable revolución de las cosas pudo cambiar tan poco sus costumbres? Vivían en una ciencia y una tecnología muy avanzadas, acordes con la moda de antes. Gracias a su oficio de ingeniero en una rama en plena expansión, mi padre logró escapar de los efectos de la gran crisis posterior a la Primera Guerra Mundial. Esta se resintió sin embargo especialmente en Burdeos. En mi familia produjo pintorescos fracasados. Sus estudios, a menudo brillantes, no sirvieron para mucho, por falta de energía para explotarlos, de gusto por la disciplina de la oficina, de sentido del trabajo moderno. Sin recursos, quedaron solteros, homólogos varones de nuestras solteronas. Algunos se conformaron con agrado a este estado. Uno de ellos, de nombre Felix —y sus amigos, que tenían sospechas de su virilidad, lo llamaban Felix que no *potuit*, alusión al verso de Virgilio que todos sabían de memoria, *Felix qui potuit rerum cognoscere causas*.

Vivían de escasos ingresos, que pronto desaparecían, de las funciones que conseguían a través de amistades. Uno de ellos pretendía tener el nombre más clerical de Francia —se llamaba algo así como Diódoro de l'Eglise —y checaba la entrada y la salida de los estibadores en las mañanas, en los muelles.

Estos solterones semidesempleados, se reunían de vez en cuando a cenar en pequeños cafés baratos. Un hermano de mi madre me llevó en ocasiones. Él mismo pertenecía a esta sociedad de solteros, fracasados, cultos e incapaces. Exalumno de la Escuela Superior de Aeronáutica (de las prime-

¹ Tendríamos que hacer la excepción de la biología celular y la bioquímica.



ras generaciones), graduado en ciencias y en derecho, ingeniero frigorista, inventor de una especie de botella térmica, nunca supo sacar el menor partido de sus diplomas ni de sus relaciones con sus antiguos amigos de Su'Aero, que llegaron a ser los grandes constructores de aviones. Finalmente, se ganaba apenas la vida como representante de las copiadoras Gestetner en una ciudad sin industria, donde el comercio y los servicios fueron arrasados por la crisis de los vinos y de la madera.

Jornadas burguesas

Si, en general, mi familia escapó de la crisis, ésta llegó en el momento en que costábamos más caros a nuestros padres. Mi padre no percibía un gran salario y no tenía dinero propio. Las carreras técnicas no estaban tan bien pagadas como las comerciales o financieras. Esta situación ha cambiado desde la Segunda Guerra Mundial, con la expansión de la categoría socioprofesional para la que había que crear un nombre: los ejecutivos. Mi padre tuvo un bello fin de carrera y una pensión cómoda —sin duda sus jefes sintieron cierto remordimiento por no haberlo remunerado en su justo valor durante una buena parte de su existencia. Mi padre, quien no tenía el sentido del ahorro, sin duda porque sus padres lo tuvieron en demasía, dedicó todo ese dinero a sus hijos y nietos. Su única inversión fue la compra de un terreno que en aquel entonces no valía nada, en la cuenca de Arcachon, donde hizo construir a un amigo contratista una modesta villa donde pasamos maravillosas vacaciones. Más tarde, su única locura fue un automóvil; antes se había conformado con un automóvil de servicio que utilizaba únicamente para cuestiones profesionales.

Así y durante mi juventud, mis padres no fueron ricos, y tuvieron momentos difíciles, pero no nos dimos cuenta de ello porque una regla implacable prohibía mencionar cuestiones de dinero frente a los hijos. Un día, accidentalmente, escuché una conversación relativa a la venta de una joya de familia para pagar los impuestos. En la burguesía, las cuestiones de dinero se discutían lejos de los niños, hasta la Ocupación y el mercado negro. Con las restricciones y el temor

de la escasez la vida material invadió repentinamente nuestras conversaciones: la compra de mantequilla y de huevos que había que efectuar en el campo, la cola que había que hacer frente a las tiendas, etc., introdujo preocupaciones económicas en el mundo de los niños. De cualquier manera, los sueldos, las carreras, quedaron todavía durante mucho tiempo sometidas al silencio. Nunca supe cuánto ganaba mi padre y cuando concebí la idea de mi carrera en la universidad nunca me preocupé de saber cuánto ganaba un profesor, ni tampoco mi hermano quiso saber cuál sería su futuro sueldo cuando decidió hacerse oficial.

A pesar de los momentos difíciles, niño o adolescente, nunca tuve la sensación de carencias. En primer término, nuestras necesidades eran modestas y, si pedíamos algo más, nuestros padres nos despedían sin remordimientos ni escrúpulos. Lo que nos daban, y que nos satisfacía, después de ciertas quejas parecería muy poca cosa a los jóvenes de hoy. Si no estábamos siempre satisfechos, nuestro despecho nunca llegó a ser frustración, por lo menos en mi caso. Descubrí, sin embargo, que las cosas no fueron así para algunos amigos. Me pregunto si muchos de los que hoy se quejan de privaciones en su infancia no reconstruyen su insatisfacción *a posteriori* porque, ya adultos, fueron lanzados a una sociedad de consumo que privilegia, antes que nada, los valores del dinero. Al pasar de la tina a la ducha, su infancia les parece miserable.

Por supuesto, en casa no había refrigerador, ni aparatos domésticos. Rentábamos una aspiradora para la “limpieza general de primavera”. Cuando mi padre, que en este campo tenía facilidades de compra, reemplazó el viejo horno de carbón por uno eléctrico, fue una revolución. Sin duda tuvimos sirvientes, pero, junto con los gastos dedicados a la educación de los hijos, a las vacaciones y a la comida, fue el único lujo de esta burguesía trabajadora. Hasta la guerra, tuvimos cocineras negras que preparaban platillos maravillosos. Si bien los productos y los servicios eran baratos, la proporción del presupuesto familiar dedicado a la alimentación debió ser mucho mayor que la de hoy. En aquel entonces la mesa tenía una importancia que ya ha perdido: se hacían dos comidas —mientras que la mayoría de nosotros no tomamos ahora más de una— y dos comidas solemnes que duraban una hora completa cada una, a menudo con invitados. Los niños no eran aceptados mas que cuando ya sabían comportarse y aun entonces no podían hablar más que cuando se les preguntaba. La comida de medio día era la principal —en contraste con lo que es hoy; invitábamos sin ceremonias. En casa, la mesa estaba prácticamente abierta a medio día y, de estudiante, podía invitar a un amigo a comer sin necesidad de avisar.

A partir de 1920-21, después de salir de Blois, vivimos en París en un departamento que mi padre rentó cerca del Trocadero y donde vivió casi cincuenta años, hasta su muerte. Mi abuela y mi tía Laure habían vivido ahí. Mi segundo hermano y mi hermana nacieron en él, porque entonces no se daba a luz en las clínicas. Tres generaciones, además de los sirvientes, los amigos y los parientes de visita, ahí vivieron. Conservo muy buenos recuerdos, por lo menos de cuando estaba lleno de gente; más tarde se vació poco a poco y se volvió un lugar triste.

Era un departamento de principios de siglo con mobiliario más bien feo: mi abuelo paterno, el aficionado a la historia, también era ebanista a ratos. Incluso, entre sus varios intentos infructuosos, fundó una pequeña fábrica de muebles en la Martinica. Le gustaba la moda de su época y dio

a su hija como regalo de bodas un espantoso comedor de falso estilo Henri II. Mis padres querían deshacerse de él y cambiarlo por muebles de anticuario, que eran cada vez más frecuentes, pero no querían que lo supiera el abuelo y tuvieron que confirmar el secreto y recomendarme no delatarlo cuando fuera a Burdeos en las vacaciones. En realidad, los únicos muebles bellos que tuvimos fueron unos armarios de caoba de fines del siglo XVIII y principios del XIX que trajimos de la Martinica. Mis padres tenían poco gusto y conocimiento artístico; sabían poco de eso. Su realismo se expresaba discretamente en los objetos: platos floreados, un "surtido" colgado en el salón donde normalmente se sentaban mis padres que reunía en un mismo marco los retratos de la familia real, el duque de Orleans, el duque de Guisa, el conde de París, con sus mujeres e hijos, además de una foto de Maurras dedicada que, después de 1940, se unió a los retratos de Weygand y de Petain. Este recordatorio no era en nada extraordinario: las fotos políticas eran consideradas como de la Martinica y se mezclaban entre ellas con la misma discreción.

Su catolicismo se manifestaba en los crucifijos colocados solamente en los dormitorios, no en las salas de recepción ni en el comedor, como lo he visto en las casas de familias más militantes. En casa reinaba una atmósfera de piedad, pero sin golpes de pecho. No se rezaba en comunidad más que en Navidad, frente al nacimiento, cantando "*Il est né le divin enfant...*" Los sacerdotes no frecuentaban la casa y, curiosamente, en la familia no hubo vocaciones religiosas; se respetaba a los sacerdotes, pero no buscábamos su compañía. Con los jesuitas, con quienes hice mis estudios, un religioso nos dirigía: se le llamaba el "padre espiritual". Mi padre odiaba esta expresión y no le simpatizaba el hombre: nunca lo invitó a casa. "Un guía espiritual, ¿qué soy yo entonces, el perro?", decía.

Todos los domingos íbamos a misa, pero nunca a la principal ni a las vísperas. Mi madre, estudiante del Sagrado Corazón, nunca faltó a la misa del primer viernes de mes. Sin embargo, como tenía que levantarse muy temprano, ese día estaba de un humor execrable hasta la noche. Mi vieja tía Laura seguía la costumbre de ir a la misa principal los domingos. Como al final de su vida casi no podía caminar y lo acompañaba y esto me hacía muy feliz porque así desarrollé el gusto por los cantos gregorianos y la gran liturgia, que no agradaba a mis padres a pesar de su fe.

Permanecieron fieles a una práctica religiosa más discreta y mundana. No se comulgaba en la misa mayor; cuando mi tía Laura lo hacía —rara vez— para ella era toda una expedición ir a misa de 9, comulgar y quedarse a la misa mayor que era a las 10. En resumen, escuchábamos dos misas seguidas. Mis padres iban más tarde, a las 11, la misa más elegante —la que después del Concilio Vaticano II se convirtió en el blanco de los sacerdotes reformadores que veían en ella una manifestación mundana puramente sociológica. Tal vez se usara para esa ocasión la ropa de domingo, pero la preocupación por la elegancia no privaba al acto religioso de su sentido y autenticidad.

En París, la tarde del domingo se dedicaba a las visitas o a tomar el fresco. Conservo un mal recuerdo de mis paseos con mi padre en el bosque de Boloña. Pero los días que "no paseábamos" me llevaban a casa de un pariente, generalmente un viejo, al igual que lo hacía mi abuelo en Burdeos cada verano. A falta de primos con quienes jugar, me instalaban en un rincón a leer libros infantiles de fines del siglo XIX: la amenaza amarilla, la época colonial, *Dache le perruquier des zouaves* y también Julio Verne. El ruido de la conversación

desde el salón vecino me distraía, sobre todo cuando se convertía en murmullos que no debía oír. Los niños de esa época, como los del siglo XIX que subsistía, no estaban aislados de los adultos ni lo deseaban. Sin abandonar la sociedad de amiguitos con quienes jugaban, les gustaba participar de la vida de los adultos. Por su parte, estos últimos no buscaban alejarlos y hablaban con ellos, salvo en ciertos momentos cuando se hablaba de cuestiones que no debían escuchar; entonces tranquilamente los alejaban. En esas ocasiones, los niños, al darse cuenta, no tenían más que un deseo: saber qué sucedía (y así nos enteramos de muchas cosas).

En ocasiones, en casa de buenos aficionados se escuchaba música. Era la única forma de arte que practicaban mis padres y que espontáneamente les gustaba. Nos llevaban a museos, a los monumentos famosos, porque veneraban la cultura y no querían que la ignorásemos. Pero lo hacían sin convicción. En cambio, asistían con verdadero interés a conciertos, organizaban en casa pequeñas sesiones de música de cámara que daban la oportunidad de corresponder. Mi madre tocaba el piano y mi padre hacía lo suyo en el coro.

Para un hombre es difícil hablar de su madre. El rasgo dominante de su carácter, que en otras mujeres de su generación también he encontrado —como en mi suegra—, es la fidelidad. La fidelidad a sus orígenes: si bien salió de la Martinica a los 13 años de edad, seguía viviendo con los recuerdos de su infancia y de su segunda patria como mi tía Laura. Le gustaba recibir a los criollos que llegaban de paso, intercalaba a los negros que encontraba en el mercado para saber si eran de Martinica. Ya mayor regresó; mi padre le dio el viaje como el regalo más deseado. Fue como si viajara al paraíso. Regresó deslumbrada, impactada, transformada. Los 8 años que le quedaron de vida los pasó como en un sueño, incapaz de reacomodarse a París, a Francia. Fiel a los suyos, desde la muerte de mi hermano, en 1945, nunca dejó el luto. Fiel a sus ideas, a sus opiniones monárquicas y católicas.

Mi nombre, poco usual en la familia, me fue dado en honor al duque Felipe de Orleans, entonces jefe de la Casa de Francia. Mi madre velaba piadosamente frente a los retratos de los príncipes, expuestos en el salón y los actualizaba en función de duelos, matrimonios y nacimientos.

Cuando el Vaticano condenó a la Acción Francesa, y a pesar de la admiración que tenía por su padre —quien no simpatizaba con Maurras—, ella actuó con voluntad férrea. Cuando cayó enferma, el sacerdote de la parroquia —que fue llamado a su lado— rehusó darle la absolución porque no renunció a la doctrina. Ella no cedió. Fue necesario conseguir apresuradamente a un sacerdote amigo. Finalmente sobrevivió.

Mi madre mantuvo el contacto con sus maestras del Sagrado Corazón, donde había hecho sus estudios, mientras vivieron, enviándoles noticias de la familia, de los matrimonios, de las muertes —a través del padre jesuita que nos conoció, a mi hermano y a mí, y que iba a ver con regularidad. El sacerdote que la asistió en su última enfermedad se sorprendió por el rigor y la sencillez de su fe, su fidelidad —que es lo mismo— y también por su respeto hacia el padre. Mi madre estaba ingenuamente convencida de que el pasado era la piedra angular de nuestro presente y que, sin esa piedra, todo se derrumbaría. En verdad, en este aspecto no difería mucho de las mujeres de su medio. Fueron ellas quienes dieron colorido a mi infancia. En ellas encuentro lo esencial de mi patrimonio: el amor por el pasado, el gusto por el presente y por la vida.